

y repitiendo por los restantes la diligencia, no tuvieron otro efecto las embaxadas, que aumentarfe la hambre, y dexarlos en aquellas soledades en un desamparo verdaderamente lastimoso. Tal fue el que toleraron dos veces por quarenta continuos dias, à las orillas de un rio, engañando la vida con agreste alimento, que aun siendo de los campos, era muy escato, y llegaron casi à no poder moverse, segun estavan de exhaustos, y macilentos. Huvieran perecido esta vez à manos de la hambre, si la Providencia del Altísimo, que sustenta las Aves del Cielo, no huviese socorrido su necesidad por este medio. Venia por aquel mismo rio un Indio Christiano en una Canoa, con el qual remitian Hostias los Padres Doctrineros à los Peregrinos, y llevaba juntamente alguna porcion de maiz, con que se socorrieron. Dieron gracias al Señor, que en tan oportuno tiempo les ministrò aquel socorro, y reforçados algun tanto, fueron de parecer, se hiziesen nuevas diligencias, para continuar su designio. Para esto se partiò Fr. Antonio en la Canoa, y llegando à una Milperia de un Cazique de Cobàn, hallò en su corazon bu-

na acogida: y prometiendo castigar despues à los que los avian desamparado, se animò con otros ocho à acompañarle muy gustoso. Bolvieron todos juntos à la Montaña, y hallaron al Padre Fr. Melchor en el mismo sitio donde avia quedado: y con nuevo esfuerzo, y nuevas guias, se aprestaron à la entrada, que verèmos en el Capitulo siguiente.

CAPITULO XX.

Haze su entrada à un Pueblo de Lacandones: furioso recibimiento que le hizieron, y successos de toda esta Apostolica empreffa.

A Penas se hallò nuestro Fr. Antonio con guias para proseguir su designio, sin darle treguas la bateria de sus ansias, acompañado de su amantísimo Padre Fr. Melchor, y de nueve Indios, en quienes llevaba Conductores, è Interpretes, llegaron todos once al primer Pueblo de los tan suspirados Lacandones. En el Lunes, ò Martes de Carnestolendas, del año de noventa y quatro, como à las nueve del dia, entraron en la Poblacion, cogiendo tan des-

descuidados à los Barbaros, que no fueron de ellos sentidos, hasta que los vieron en la Plaza. Aronitos de novedad en aquellos paramos tan estraña, se dexaron ocupar del asombro, y alborotado el Pueblo, que era de más de cien casas (segun testimonio fidedigno) todos, ò los mas se dieron à la fuga, pensando, que mucha gente estrangera venia mas atrás de retaguardia. Quedò desamparado el Pueblo, manteniendose solamente en él algunas mugeres ancianas, que gravadas de los años, ò oprimidas del peso de sus yerros envejezidos, no acertaron con el pafmo à seguir los fugitivos. Fueronse estos recobrando del primer susto, y reconociendo ser tan corto el numero de los Estrangeros, se vinieron à ellos, no de otra fuerte, q̄ el sañudo Leon, quando se abalança à la presa. Respirando en los semblantes iras, y en las confusas voces fulminando venganças, con armas en mano, acometieron de tropel à aquella Grey pequeña, dando golpes à los Indios Fieles, y empellones à los dos Misioneros: rōpianles los Abitos, y en todo los trataron con la fiereza, q̄ es en ellos tan propria, y como nativa. Huvieran

todos juntos. perecido à manos de la Plebe, si no se huviesen interpuesto algunos Caziques, que con su autoridad soslegaron el tumulto. Cebòse el furor en descomponer, y robar los pocos trasteçillos de los Indios mansos, y en el Ornamento sagrado, que se llevarò, con animo de compartir entre si las Eclesiasticas vestiduras.

Fueronse poco à poco soslegando, al ver, que no llevavã armas, y que les davan paz con algunas palabras, que sabian de su idioma los Interpretes. En señal de benevolencia les dieron hospicio, y regalaron à su usança, haziendoles bolver el Ornamento, que de primera instancia les avian usurpado con desprecio. Preguntaron los Caziques el motivo de averse entrado tan inopinadamente à su Pueblo, y les respondieron bien temerosos los Interpretes: que aquellos dos Padres eran Sacerdotes de los Christianos, quienes deseavan hiziesen las pazes con Dios, con el Rey de España, y con los Indios de Cobàn, con los quales avian tenido antes muy cruda guerra. Enterados los Caziques, davan del todo razon à la Plebe: y en tanto, que conferian unos con otros la novedad, pusie-

fieron los Padres su Altar en la casa de su Hospicio, haziendo de el Oratorio, para que les diese el Señor esfuerzo, y si fuese su voluntad, admitiese allí sus cantadas vidas en sacrificio. Cinco dias los detuvieron, como víctimas destinadas à ser destrozo de su furia, celebrando con bayles el alegre, y festivo dia de su muerte, reputandolos yà por pasto de su voracidad inhumana: y huvieran fallecido à manos de la hambre, si la piedad de una India gentil no los huviese ocultamente socorrido.

Ponianles las manos sobre el pecho, para ver, si les palpitava el corazon: porque dezian, que en ocupandolos el miedo, les quitarian las vidas: pero atendiendo su constancia, y que con alegre semblante esperavan la muerte, como fin de sus trabajos, y principio de su descanso, se rindieron aquellos Barbaros: estimando por mas que hombres, à los que eran prodigio del valor mas constante. Tocavan tal vez los pies al animoso Fr. Antonio, que aunque tan desflaquecido, y estenuado, se hallava sano, y dezian, aludiendo à sus intentos de comerle: ESTE BUENO. Passavan al penitentsimo Fr. Melchor, quien con

los muchos años, y sus continuos achaques estava llagado, y formava al vivo un esqueleto: y con ademanes de despreciar sus carnes para alimento de su voracidad, prorumpian, diciendo: ESTE PODRIDO. Oídos, que tal escuchavan, como se prevendrian, esperando la muerte sin dilaciones? Viendo, y observando a aquellos Idolatras, que eran en vano sus amenazas, para facar de aquellos pechos siquiera el delahogo de un suspiro, mudando de bateria, les pusieron delante unos Idolos, y les querian persuadir los adorassen, si no fuesen prodigos de sus vidas, que perderian sin recurso luego que recusassen el darles culto. Aqui fue donde descubrieron los pechos todo el volcan de zelo, que se ocultava en los corazones, y brotando llamas por voces, asearon su loco barbarismo, y les hizieron saber, como à solo Dios, q̄ los criò, y diò en una Cruz, hecho Hombre, la vida por redimirlos, eran devidas todas las adoraciones: que temiesen no airada su Justicia los destinasse à ser rizonas del Infernal abismo.

Yà con esto creyeron los Padres era inexcusable su martirio: y como quien tocava yà

con

con las manos la palma de la mas gloriosa victoria, se enardecian predicandoles, enarbolado en sus manos el Crucifijo. Dichoso teatro el de aquella Montaña, donde se representava este tierno espectáculo, que miravan con gusto los Angeles del Cielo! Tal fue el pavor, que adormeciò à los Gentiles, que mudandoles en un punto los corazones, tomò la voz de todos el mas anciano Cazique, y razonò de esta suerte: „ Aparten à un lado „ estos Idolos, y hagamos experiencia, para ver, si es verdad lo que dezis. Vaya uno „ de vosotros con algunos de „ los nuestros à Cobàn, y si nos „ reciben bien, es señal, que venis de paz, y con buen corazon, movidos solamente de „ la salvacion de nuestras almas. Con esto seremos hermanos, y Christianos: pero „ si no, conoceremos, que nos „ engañais. Vinieron bien los Padres en la propuesta, y quedando en rehenes para la seguridad el V. Fr. Melchor, se partiò con doze Indios Lacandones nuestro Fray Antonio, lleno de gozo por la esperanza de la conversion de aquellos Gentiles, siendo al mismo passo de gran ternura para su corazon apartarse de su fide-

lissimo Compañero, à quien dexava expuesto à la voracidad de aquellos carniceros Lobos. Despidiòse, en fin, con aquellos efectos, que tan sin afectacion sabe dictar una caridad verdadera, y en quinze dias en alas de sus deseos llegò à la Ciudad de Cobàn, que le tributò en su recibimiento aplausos, y admiraciones, viendole con vida, y acompañado de aquellos mismos, que eran el horror de las Selvas. Acariciaron à los Gentiles así los Reverendos Padres del Gran Patriarca Santo Domingo, como el Governador, y los Españoles: hizieronlos vestir, y les ofrecieron de aquellos dones, que eran mas de estima para ellos, todo à fin de que bolviendo à sus tierras, diesen noticia à los suyos de lo mucho que deseavan todos su paz, y su remedio.

Esta reduccion, que corrria al parecer con prospera fortuna (ò Juizios de Dios incomprehensibles!) tuvo el impensado azar, de enfermar por la mutacion de temperamento los doze Lacandones. Es la Montaña Region calidissima, y la tierra de Cobàn muy frigida, y humeda: desconcertò esta intemperie la salud de estos Gentiles, y à pocos

cos días unos murieron en la Ciudad, lavando sus almas con el Santo Bautismo, y se les dió honrosa sepultura: y los restantes se partieron con Fray Antonio, temerosos de su peligro, y fueron quedando enterrados por el camino. Por todos fallecieron diez, logrando los ocho el morir Christianos, y solos dos no devieron de estar dispuestos à esta dicha, acafo por lo que despues se dixo: pues uno de estos avia sacado el corazon à un cautivo; y el otro devió de ser de los que años antes avian executado en los Christianos crueles homicidios. Lloró Fray Antonio la muerte de los ocho, temperando su llanto la esperança de aver passado sus almas à mejor vida. La de estos dos ultimos le hizo verter lagrimas inconsolables, viendo que malograron la ocasion del Bautismo, con que pudieran aver limpiado sus almas de tanta mancha, contrahida en una vida barbara, y lograr con la luz de la Fè la eterna Luz.

A este mismo tiempo, que bolvia para la Montaña Fray Antonio, acaeciò en el Pueblo de los Lacandones un exemplarísimo castigo. Manteniasse entre aquellos Barbaros con evidentes peligros de la vida

el V. Anciano Fr. Melchor, y solicitava con ardientes deseos por medio de los dos Indios mansos, que le acompañavan, la reduccion de aquella ciega gente. Como aluzinados en sus errores, burlavan de sus veras, y escarnecian de sus piadosas exortaciones. Montando en zelo del divino honor el nuevo Elias Apostolico, dia de la Santíssima Virgen de los Dolores, que se contavan dos de Abril del año de seiscientos noventa y quatro, como à las cinco de la tarde, tomó una Cruz pequeña en la mano, y con los Indios Christianos se fue à la Plaza del Pueblo, en donde à aquella hora se juntavan los Idolatras à encender sus fuegos en honor de sus Idolos. Quiso entrar en la infame adoracion, para conculcar tanto supersticioso simulacro, mas le estorbò la entrada un Barbaro, que hazia papel entre ellos de Sacerdote, con una lança en la mano, y toda la fealdad de Luzifer en el semblante. A esta accion se retirò el zeloso Predicador, y formando sobre unos maderos, que alli avia, pulpito, los predicò con valor apostolico, detestando sus errores, y conminandolos, si no se convertian, con fuego del Cielo, que

llo-

lloveria el verdadero Dios sobre ellos, y sus Idolos. Entendieron esta amenaza por los Interpretés, que sin duda sin copavan razones, obligados de su temor, y conocido peligro. Tomò un Gentil un tizon, y poniendolo en las manos del Padre, le dezia, mofando, que pegara fuego en las chozas. El V. Padre respondió, que el no quemava casas, sino su Dios, que podia hazerlo, irritado de su obstinada malicia. Fuesse el Padre muy lloroso à su posada, y quedaron los Barbaros mofando: mas apenas anocheció, començaron à convertirse las risas en lamentos; porque desatado un globo de fuego en furioso torbellino, parecia el Pueblo un trafunto del Infierno en llamas, voces, y alaridos. Todo quedò reducido à pavesas, menos la morada del Padre, y diez casas à ella contiguas. Venian los Indios con furor diabolico à vengar en el lloroso Padre sus iras: y los detenia el temor de los Españoles, que yà sabian aver para alli camino, y una oculta fuerça, que les atava las manos, quedandoles solo libres para arrojarle à empellones al campo, por donde avia venido. Alli, como una legua retirado, pasó la noche,

tragando tantas muertes, como sustos: pues no cessavan los Barbaros de ir, y venir con amenazas, por alexarle de su tierra, azorados del horroroso incendio. Lo que à este se siguiò, darà bastante materia al Capitulo, que yà profigo.

CAPITULO XXI.

Buelve Fray Antonio de Cobán: entra de nuevo con su Compañero en el Pueblo; y vista su protervia, se retiran à Guatemala à continuar sus designios.

A Maneciò el Sabado, y con la luz del dia bolvió nuevo susto, y se acrecentaron en confuso tropèl los temores. Dos de los Infieles, que dexamos dicho aver escapado con vida, y que bolvian al Pueblo con Fray Antonio (agitados de la nativa propension, que tienen, de llevar nuevas à los suyos, y mas si son funestas) adelantaron el passo, y con las luzes que se registravan del nocturno incendio, calçando alas à los pies, llegaron à verse con los suyos; y entre confusas lagrimas de ver arder sus casas, aumentaron la turbacion, refiriendo la muer-

te

te de los diez compañeros, que avian despachado à Cobàn. Con tan duplicada pérdida, no es ponderable el extremo con que davan à mostrar su sentimiento. Como Abispas irritadas salieron al encuentro à Fr. Antonio algunos de ellos: y con semblantes sañudos, à quienes prestava mas horror el tinte denegrido con que adoban la tez en tales ocasiones, le instavan, se bolviessse por donde avia venido: y que de passar adelante, experimentaria la atroz muerte, que avian dado à su Compañero, quien quedava ya sepultado, para escarmiento del incendio, que por su causa les avia assolado todo el Pueblo.

Robaronle al bendito Padre algunas hachas, cuchillos, y otras mercerías, que llevavan los Indios amigos para los Caziques, y forcejavan en que retrocediessse, sin llegar al puestro donde estava Fr. Melchor, esperando, que este muriessse à manos de la necesidad, y Fr. Antonio no tuviesse el consuelo de hallar vivo al que le pintavan ya difunto. No se acobardò por esto el animo invicto de nuestro Heroe, antes si suspirando por el martyrio, que le hazian creible sus buenos deseos, y le persuadian las

heroycas resoluciones de su Venerable Compañero, insistió en que le avian de ver sus ojos, ò muerto, ò vivo. „ Yo „ no me he de bolver sin mi „ Hermano, dezia lloroso Fray „ Antonio; llevadme donde „ està su Cuerpo sepultado: „ quiero estrecharle entre mis „ brazos, y ya que no muera „ con èl, lo trasladarè à tierra „ de Christianos, para dár à sus „ huesos honrosa sepultura. Viendo los Lacandones su constancia, lo dexaron solo, y se partieron à su Pueblo confusos. Prosiguiò el Padre su viage con los Indios mansos de Cobàn, en busca de su querido Hermano: à poca distancia se encontró con èl, y hallandole vivo, apenas se persuadia ser cierto lo mismo que le evidenciavan sus ojos. Estrecharonse aquellos dos finos amantes: y el sumo regozijo de verse, no les diò lugar para hablarse. Las lagrimas que regavan sus rostros, substituyeron las voces: y en vez de palabras, se percibieron suspiros. Así estuvieron largo tiempo alabando al Señor sus corazones, y despues que diò lugar lance tan tierno, confabularon lo sucedido: y en hazimiento de gracias, formando Altar de ramas en aquel desierto, dixeron

ron Missa con las ternuras, que motivavan tan inopinados sucesos.

Confortados con el Pan de los Angeles, se entraron, intrepidos en el Pueblo: y aunque los repelian con mas violencia que antes, no se davan por vencidos, reconviendoles caritativamente con lo antes pactado de admitir la Fè, si los Españoles de Cobàn los admitiesssen de paz, como avia sucedido: que los dos Lacandones, que escaparon con vida, eran oculares testigos de la buena acogida, que encontraron, y del amor con que fueron acariciados, y recibidos. Era cantar de melodia à los Tigres, proponerles verdades, y razones: porque ocupadas sus potencias con el recuerdo de la muerte de sus difuntos, y los ojos ciegos con las cenizas, que aun estava sacudiendo los techos de sus chozas, reducian sus respuestas à cantos lugubres, que explicassen sus vivos sentimientos. En tratandoles de Dios, y de nuestra vida Christo, se escandalizavan, y dezian: que aquel Dios de los Padres fuesse para solos ellos, que era muy bravo, y quemava casas, matando tambien à la gente: que con sus Idolos estava bien hallados,

pues de ellos recibian sus hijos vida, y sustento. Que no querian dexar sus antiguos Dioses, ni entregarlos, ni menos admitir otra ley, que en la que se avian criado. Que agradeciesssen à los Caziques, y Principales, el que no los despedazava, y comia el vulgo inquieto, como lo pedian, y deseavan se les permitiessse. Instavan los Padres con animosas voces, que aquellos Idolos, fingidos Dioses, eran demonios verdaderos: que se perdian sus almas, si no recibian la Fè, y Bautismo Santo: mas toda la eficacia de palabras de los zelosos Misioneros hallò resistencia en aquellos corazones de pedernal, que à este estado los reduxo su obstinada malicia.

Hablando de estos lances el Licenciado D. Juan de Villagutierre en la Reduccion, que diò à la prensa, de los Gentiles Lacandones, parece, atribuye à algun acaso el incendio, que dexamos referido: mas teniendo presente su relacion, y la que dà en el Sermon de Honras del V. Fr. Melchor impreso el Ilustrissimo, y Reverendissimo Señor D. Fr. Pedro de Urriaga, Obispo Conflagrado de Porto-Rico, que el año siguiente de este suceso acom-

acompañò à los Padres, como Misionero que era de este Colegio de la Santa Cruz de Queretaro, y de quien haze honorifica mencion dicho Villagutierre en varias partes de su Libro, se deve estàr à lo que llevamos escrito: puesto que và mucha distancia de escribir en Madrid por relacion de otros, ò afiançar una noticia por escrito, el que habló, y tratò à los mismos, que fueron parte, ò el todo en las circunstancias de este acaecimiento. Refiere asimismo dicho Villagutierre algunas cosas de esta entrada, con antelacion al tiempo sucedido, sin variar en lo substancial de los sucesos. La ingenuidad, y limpieza con que escribe, es manifesta: qualquiera equivocacion, que el Critico descubriere, tiene sobrada disculpa en la mucha distancia, que acrecienta, ò disminuye las cosas, segun se las representa à la vista.

Despues de algunos dias, que se mantuvieron los Religiosos en esta piadosa porfia, viendo que se continuava en aquellos Barbaros la protervia, se resolvieron à no perder mas tiempo sin esperança de fruto, y dexar, que llegasse la hora de Dios para la conver-

sion de aquellas gentes. Al despedirse de estas ingratas fieras los dos Padres, vertian inconsolables lagrimas, y vertieran la sangre de sus venas, si con ella pudieran dár remedio à tantos males. Bolviendo las espaldas, dieron todas las velas al sentimiento, ofreciendo al Señor el martyrio de no dár por su gloria hasta la ultima gota de sangre de sus venas. Las lagrimas, con que regaron aquel inculto bosque, no fueron infecundas: pues al año siguiente, como veremos, se cogieron de esta miès colmados frutos. Bolvieron, pues, por el mismo camino que avian entrado, enderezando sus passos à Guatemala, para representar à la Real Audiencia todo lo sucedido, y suplicar, se entrasse con armas à la reduccion de estos Gentiles, y otras muchas Naciones, de que tuvieron noticia por los mismos Lacandones. No era su animo, como se dexa ver, el que las armas se ensangrentassen, para reducirlos: solo si, que sujetassen la cerviz à la obediencia de nuestros Catolicos Principes, movidos del temor: y yà sujetos, proponerles las verdades de nuestra Santa Fè, con que voluntariamente pidiesen ser bautizados: lo qual

no

no solo es licito, mas es lo que practicaron felizmente los primeros Ministros de esta America, como será difusa, y nerviosa la question en el Doctor Don Juan de Solorçano, en el Ilustrissimo Montenegro, y en nuestro Torrecilla, el que quisiere hazerse capáz de esta materia.

Con los Indios amigos llegaron à Vera-Paz, renovandole en los Christianos Españoles el alborozo de verlos salir con vida: y en un Pueblo de Indios Choles encontraron quatro Misioneros, que ivan à acompañarlos del Colegio de Queretaro, en donde se juntaron el dia catorce de Mayo del milmo año de noventa y quatro, dandose reciprocamente los placemes de ser destinados por la Obediencia para emplear sus sudores, y sus vidas en la conversion de las almas de aquel dilatado Reyno. Los seis Misioneros partieron luego à la Ciudad de Guatemala, y fueron recibidos en nuestro Convento Grande con singularissimas expresiones de fraternal amor. Presentaron al Señor Presidente de aquella Real Audiencia una carta del Guardian del Colegio de la Santissima Cruz, en la qual rendidamente suplica-

va à su Señoria, se sirviesse assignar algun lugar comodo para Hospicio de aquella Grey pequena, en tanto que de España venia licencia para fundar Colegio. Concediòseles con toda solemnidad el sitio, y Capilla del Santo Calvario: y el dia de Corpus por la tarde, que se contavan diez de Junio, con asistencia de tres Comunidades, tomaron posesion de aquella Santa Casa. Estuvieron algunos dias en el Hospicio, observando en èl la séquela del Coro, y actos regulares, con la exaccion que pudieran en el mas observante Colegio. Aquí estuvo nuestro Fr. Antonio hasta diez de Julio, en que con el Padre Fr. Pedro de la Concepcion y Urtiaga se partiò de nuevo à un Pueblo de Choles, Provincia de Vera-Paz, con animo de aprender la lengua Cholti, y pasado el dia de N. S. P. San Francisco, entrar à visitar las Iglesias, que avia fundado el año antecedente en los Choles. Por este tiempo se tratava de abrir el camino por tierra desde Campeche à Guatemala, y por los terminos de los Indios Choles trabajò varonilmente Fr. Antonio en esta empresa con ducientos hombres de aquella Nacion: exercien-

G

cien-